

TERESA GIMÉNEZ BARBAT

Mil días en Bruselas

Diario irreverente de una eurodiputada



Mil días en Bruselas

en
sayos

Teresa Giménez Barbat

Mil días en Bruselas

(Diario irreverente de una eurodiputada)

Introducción de Cristian Campos



Primera edición: marzo de 2021

© Teresa Giménez Barbat, 2021

© de la introducción: Cristian Campos, 2021

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2021
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: BM

ISBN: 978-84-122371-4-6

Dep. Legal: M-6374-2021

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: Montaje a partir de una foto de © María Espada, junio de 2019

Impresión y producción gráfica: Sakefat S. L.

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

DOÑA QUIJOTE SIEMPRE TUVO RAZÓN: ERAN GIGANTES

TODOS LOS POLÍTICOS SON IGUALES, pero algunos son más iguales que otros y Teresa Giménez Barbat ha sido la más desigual de todos ellos. Y digo «ha sido» en pretérito perfecto compuesto y no en presente porque su salida del Parlamento Europeo fue una de esas despiadadas injusticias tan habituales en un terreno donde la inteligencia y las convicciones democráticas no son precisamente los primeros méritos que suelen valorar los partidos a la hora de decidir quién ocupa qué puesto en las listas. Basta con decir que el Ciudadanos de Albert Rivera perdió, por razones que quedan meridianamente claras tras leer este libro, la oportunidad de plantar una pica en Flandes negándose a que Teresa repitiera como eurodiputada para hacer aquello, exactamente aquello, que el partido dice defender y que en la práctica consiste en darle a la razón el espacio que esas okupas del intelecto que son las ideologías han hecho suyo tras derribar la puerta de la política de una soberbia

coz. Que Teresa fuera fundadora del partido solo hizo que añadir insulto a la injuria.

En realidad, Teresa nunca ha sido una política a pesar de que ha gravitado alrededor de ella desde hace más de una década. Teresa me llevó hasta la psicóloga Judith Rich Harris, a la que entrevisté para su revista Tercera Cultura. También fue ella, junto con nuestro amigo común Arcadi Espada, la que me condujo hasta Susan Pinker, Richard Dawkins, Christopher Hitchens, Sam Harris, Daniel C. Dennett o Steven Pinker. Luego, Teresa llevó a muchos de ellos a Bruselas, a Madrid y a Barcelona, haciendo el trabajo que deberían haber hecho las universidades o el Gobierno español, este último más interesado al parecer en encontrarle cátedras que dirigir a la esposa sin licenciar del doctor presidente. Teresa es españolísima en su quijotismo, con la sola diferencia de que lo que ella veía como gigantes de la magufería, la superstición, el analfabetismo científico y el racismo identitario eran efectivamente gigantes y no molinos. Un Quijote que siempre ha estado en lo cierto. ¿Qué romántico querría ser otra cosa en la vida?

La pretensión de que la ciencia sea el criterio principal y casi último a la hora de tomar tal o cual decisión política, en detrimento de la ideología, no es una invención de Teresa. Es cierto que se suele atribuir al físico C. P. Snow la idea de la necesidad de superar la división entre ciencias y humanidades, y al editor John Brockman la de ponerle nombre a esa idea y lanzarla al mundo con el nombre de Tercera Cultura. Pero su origen se remonta probablemente a la Ilustración (otros dirán a la Atenas de Pericles) y Teresa ha sido solo su más fiel soldado en la Europa de los últimos años. Es fácil imaginarla en el Parlamento Europeo como una Galileo Galilei del siglo XXI defendiendo la razón científica frente a una horda de burócratas, la Santa Inquisición contemporánea, aferrada

a sus supersticiones izquierdistas, derechistas o nacionalistas de rigor. No le envidio sus años en el Parlamento. Como me decía mi sabia abuela murciana, «no seas nunca el pionero de nada, sé siempre el segundo: los pioneros de la aviación acabaron todos *es-clafaos* en el suelo».

Por suerte, mi abuela nunca tuvo oportunidad de hablar con Teresa para convencerla de lo anterior y ella ha ejercido libremente de pionera de esa Tercera Cultura en una Unión Europea que aún se aferra, no ya a las otras dos, sino a una de ellas casi en exclusiva: las humanidades. La prueba está en esos ministros del populismo español que justifican tal o cual política pública, o tal o cual barbaridad histórica, con el argumento de que lo han visto en una serie de Netflix. A veces, incluso, resultaba fácil ver a Teresa como una terrícola del futuro llegada desde el año 4500 en su máquina del tiempo para enseñarle a los humanos del siglo XXI el camino hacia el verdadero progreso humanista. Del mucho o poco éxito de sus esfuerzos habla Teresa en este libro y tampoco es cuestión de des-tripar su contenido. Es suficiente con decir que Teresa ha vivido en primera persona los años de la histeria contra los transgénicos, de la histeria del apocalipsis climático, de la histeria nacionalista y de la histeria de las políticas de la identidad y sus perspectivas de género. Habrían hecho falta toneladas de Tranquimazines para poner, como en el chiste, un poco de orden en esta orgía de irracionalidad a la que nos han abonado en contra de nuestra voluntad, pero quiero pensar que la semilla ha sido plantada y que de esta brotará un árbol de crecimiento lento, pero longevo como una secoya.

No hace falta ser un lince para encontrar el vínculo entre esa abrumadora ignorancia científica del político común con el auge del populismo autoritario que hoy campa a sus anchas tanto en la izquierda como en la derecha. Como ocurrió durante los años de auge

del comunismo y del fascismo, la naturaleza humana siempre parece estar en época de celo para amancebarse con la idea religiosa o identitaria dominante de su época. Que ese amancebamiento derive en asesinatos masivos o en modalidades menos criminales de burricie no depende de la intrínseca maldad o bondad de esa idea, sino de las circunstancias de la época. Personalmente, no me cabe duda alguna de cómo habrían reaccionado los vascos de los años de ETA o los catalanes del proceso independentista de haber vivido en el Berlín de los años 30. Como dice Jordan Peterson, «si hubieras vivido en la Alemania nazi, la probabilidad de que fueras un asesino es abrumadora. Tú crees que habrías rescatado a Ana Frank, pero ese tipo de gente es muy, muy, muy, muy rara estadísticamente. Esa gente pone sus vidas en riesgo. Ponen las vidas de sus familias en riesgo. ¿Crees que eres uno de ellos? Entonces es que no sabes nada de ti mismo, ni de la historia, ni de la política, ni de la naturaleza humana».

Teresa no se autoengaña respecto a la naturaleza humana. «Una de las cuestiones que más me preocupan son los sentimientos identitarios de todo tipo y su cultivo durante los últimos 30 años» dice Teresa en el libro. «Intentar diferenciarse es una pulsión de todas las comunidades, seguramente por razones evolutivas. El objetivo más plausible es una mayor cohesión interna frente a un ‘diferente’ exterior. Pero que nos venga posiblemente de serie no siempre obra en beneficio de las sociedades del siglo XXI y de sus individuos». «A lo más disparatado se apuntaron las llamadas ‘élites’ que, no sufriendo normalmente las desnudas necesidades de la vida de los ciudadanos corrientes, se permitían ‘epatarles’ con poco interés por las consecuencias» dice luego. ¿Cabe mayor enmienda a la totalidad de los dogmas políticos, sociales y culturales de nuestra época? «No es la sociedad, es la naturaleza humana» y «no hagas caso de nadie que no se juegue la piel en el envite, especialmente si pertenece a las elites»

son posiblemente dos de las ideas más revolucionarias, casi contraculturales, que pueden defenderse en la sociedad actual, donde hasta el sexo biológico se considera una imposición social y donde los adolescentes se rebelan contra «el sistema» desde sus iPhone.

Teresa, sí, es una revolucionaria. De las de verdad. Me suele llamar la atención esa pereza intelectual que lleva a muchas personas a creer que la historia se repite literalmente. Que los nazis del siglo XXI llevarán la esvástica tatuada en el brazo en vez de definirse a sí mismos como «antifascistas» o que las feministas del siglo XXI exigirán sus derechos a gritos en las calles como los exigieron las sufragistas del XIX en vez de hacerlo negando la tesis, puramente analfabeta, de que la historia de la humanidad se define en términos de luchas de poder entre privilegiados (el hombre blanco) y oprimidos (todos los demás). Oprimidos, por cierto, que se jerarquizan en función de arcanas fórmulas, burda parodia del método científico, que nadie es capaz de definir a ciencia cierta. Me llama la atención, en fin, la incapacidad de centrarse en la naturaleza intrínseca de las cosas en vez de en su apariencia externa.

Como digo, Teresa no se engaña al respecto. A ella no le resulta difícil ver la realidad oculta bajo la superficie. Sí le ha resultado más difícil convencer a los acólitos de que su dios no existe. De que no son aquello que creen ser, sino aquello contra lo que han creído luchar toda su vida. Este libro es la historia de esa lucha. Las memorias de la menos política de los políticos en un momento en que el viejo mundo no acababa de morir, pero el nuevo tampoco acaba de nacer. Yo solo sé que si existe una rendija por la que entrever cómo será el mundo del siglo XXII, está en algún rincón de este libro. O eso espero. Por Teresa, desde luego, no ha quedado.

CRISTIAN CAMPOS

Mil días en Bruselas

A mi amigo tan querido Josep March. Nunca te olvidaré.

PREFACIO

ESTOY PASANDO A LIMPIO las anotaciones de este diario en plena epidemia de coronavirus. Estuvimos encerrados en casa durante meses por culpa de una diminuta criatura que se cobró la vida de la gente más vulnerable, colapsó las UCIs de los hospitales y proyectó un panorama de graves consecuencias económicas y sociales. Nuestra crisis se prevé más dura que la de otros países por la incapacidad de un gobierno que se calificó muy adecuadamente de «Frankenstein» en su momento. Pero todos van a experimentar desafortunadas secuelas y veremos un importante paso atrás en el desarrollo global. Y ¿de dónde ha llegado la catástrofe? No de lo que ocupaba las páginas de los periódicos, las tertulias de las televisiones o las discusiones en las redes sociales. Ni, por supuesto, de las preocupaciones de los políticos de la demoscopia. A pesar de algunos avisos, fue imposible imaginarlo. Todo lo que no fuera ideología, polarización o conspiranoia de bajo vuelo no captó la atención.

Es cierto. Fui diputada en Bruselas en un tiempo en el que se consideraban peligrosísimos los transgénicos, todo era una *emergencia climática* de libro y teníamos que contar con la *perspectiva de género* hasta en los reglamentos sobre neumáticos de camiones. Y, si vamos a las paranoias locales, en Cataluña, de donde soy, las clases más libres y acomodadas se sentían oprimidas y quisieron ir a la revolución. Vivíamos —y vivimos, pues el dinero de los contribuyentes sigue alimentando grandes burbujas de irrealidad— en un mundo de quejicas felices que ignoran que la pared que nos separa del caos es siempre más fina de lo que pueden imaginar. Ha sido una bofetada de realidad. Es la naturaleza, imbéciles.

Yo fui a Bruselas con los mismos propósitos que me habían animado a entrar en política hace más de quince años cuando con un grupo de compañeros creamos el partido Ciudadanos. Soy una gran creyente en el poder del conocimiento para mejorar el mundo. La razón, el pensamiento crítico, la ciencia y el desarrollo moral nos han dado el indudable progreso que hemos experimentado —no de manera uniforme, claro— los habitantes de este planeta los últimos doscientos años. Creo que la Ilustración recogió lo mejor de un pensamiento que ya había ido dejando su huella desde que tenemos materiales históricos. Pero esta «llama en la oscuridad», que tan bellamente describía Carl Sagan, es una minúscula conquista que hay que proteger y mimar, pues su continuidad no está garantizada. La superstición, la pseudociencia y las falsas creencias disfrazadas de ideología totalitaria o de integrista religioso son amenazas que nunca han perdido su pervivencia y letalidad, pues están firmemente enraizadas en la propia esencia humana.

Me preocupan los sentimientos identitarios de todo tipo y su cultivo durante los últimos treinta años. Llevamos décadas en que

la razón parece dejar paso a la emoción como modo de encarar las cuestiones sociales. Mis prioridades son la libertad de expresión, el método científico, la diversidad intelectual y el humanismo. Y reconozco que pensaba que su cultivo no iba a ser complicado en una Bruselas que yo consideraba más avanzada y liberal que mi vieja España. No fue así y van a ver por qué.

Pero primero déjenme que les cuente cómo llegué a ser diputada. No me voy a alargar mucho. Todo empezó con un *whatsapp* de Juan Carlos Girauta, a finales de la primavera del año 2015: «Felicitats, eurodiputada». Con esa frase confirmaba los rumores sobre el abandono del acta de eurodiputado por parte de Fernando Maura para unirse a Ciudadanos. En aquel momento, Maura, del partido Upyd igual que yo, era una pieza de valor, puesto que arrebatarse un diputado a este partido competidor ahondaba su declive. Mi vida iba a dar un giro en un recorrido político que ya daba por clausurado después de vivirlo intensamente desde hacía unos diez años.

Como he dicho, fui una de los quince¹ impulsores de los manifiestos que dieron lugar a la creación del partido político del que era portavoz Girauta cuando me envió ese mensaje. Con la idea de valorar si en España y, especialmente, en Cataluña, era necesaria una nueva formación política, celebramos distintas cenas desde 2004 hasta junio de 2006, cuando Ciudadanos celebró su primer Congreso y fue formalmente creado como partido. En aquellos momentos había dos corrientes entre nosotros: lo que llamábamos el «socialismo democrático» y el «liberalismo progresista». Pensábamos que un

1. Ellos fueron Félix de Azúa, Albert Boadella, Francesc de Carreras, Arcadi Espada, Ana Nuño, Félix Ovejero, Félix Pérez Romera, Xavier Pericay, Ponç Puigdevall, Ferran Toutain, Carlos Trías, Vicente Rodríguez Mora, Iván Tubau, Horacio Vázquez-Rial y yo misma.

partido realmente liberal y moderno tenía que ser transversal e incluyente de todos los moderados no nacionalistas en Cataluña. Pero en 2007, los partidarios de que el partido fuera solamente de izquierdas («centro-izquierda» fue la definición) presionaron a su joven presidente, Albert Rivera, cambiaron el ideario y propiciaron la salida de muchos de nosotros hacia Upyd.

A este partido de Rosa Díez que se constituía por esas fechas, exhibiendo sin reparos su transversalidad, me uní como militante, y fui quinta en las listas en las Elecciones europeas de 2009, y sexta en las de 2014. En las primeras solo salió elegido Francisco Sosa Wagner. En las siguientes sacamos cuatro escaños, que fueron para Paco Sosa Wagner, Maite Pagazaurtundúa, Fernando Maura y Beatriz Becerra. Yo quedé fuera. Hasta que unas carambolas del destino me llevaron a Bruselas, pues en un mundo donde un político no se desprende de su escaño ni con aceite, lo extraordinario fue que Paco, por diferencias importantes con Rosa Díez, renunciara al suyo y se volviera a León, y que Fernando Maura, prefiriendo el rudo fogueo del Congreso a la relativa placidez de Bruselas, hiciera lo mismo. Por fin podría llevar a Europa todo lo que me había movido: la defensa del pensamiento crítico, de la razón, del humanismo y la denuncia de lo que tanto daño estaba haciendo en mi tierra: el nacionalismo identitario. Juan Carlos Girauta fue como un inesperado Virgilio en el Purgatorio de mi andadura en la política europea. Un Virgilio que soltó mi mano como si le hubiera dado un calambrazo al poco de haberme señalado la puerta de entrada. Pero ya sabrán de mis infortunios más adelante.

Y ahora que empiece este diario, que se ordenará en bloques semanales, especificando si estoy en Bruselas o Estrasburgo. Como seguramente se sabe, los eurodiputados suelen trabajar mayormente en Bruselas, y, aproximadamente cada mes, van una

semana a Estrasburgo. También disfrutaban de una serie de semanas llamadas «verdes», donde no se acude a ninguno de los dos lugares y se trabaja en la propia circunscripción, o donde el diputado crea conveniente. Los eurodiputados viajan mucho. Yo no voy a describir ningún viaje en su extensión, aunque me referiré a ellos de distintas formas, dependiendo de su interés en cada momento.

Es este un atisbo en la vida de una eurodiputada. Puede resultar, por lo menos, curioso.

DIARIO DE UNA EUROPEA

Semana del 23 de noviembre de 2015: Oh, nadie me espera

El martes por la noche, después de llegar del gimnasio, cenar, acomodarme en el sofá y revisar las llamadas, me encuentro con un mensaje de la responsable de comunicación de Upyd, que me cita para las 12:45 del día siguiente en la sede de la Junta Electoral. El día 19 había sabido de forma oficial que el Parlamento Europeo había trasladado a la autoridad española competente la baja de Fernando Maura, y que se me requeriría para sustituirlo como siguiente en la lista de Upyd. Pero no me había llegado ninguna comunicación. Así que compro un billete de AVE para el día siguiente y llego a la sede de Upyd a las 12 del miércoles. Seguidamente me dirijo al bonito edificio de la Junta, que había sido un banco de estilo neoclásico. Tiene una escalera preciosa. Esperamos en una galería circular que da a un hall que aún huele a finanzas. Veo a dos chicos

como de treinta años y aspecto desenfadado que también parecen esperar. Uno de ellos resulta ser Xabier Benito Ziluaga, el sustituto de Pablo Iglesias en el Parlamento Europeo.

Lo que me habían dicho que sería un trámite ante un funcionario para prometer o jurar la Constitución, resulta ser algo mucho más vistoso y emotivo porque casualmente ese día se reúne la Junta y están todos. Me intimida un poco esta inesperada solemnidad. Pero está bien para subrayar el honor y oportunidad que me han caído en suerte. En este momento lamento no haber tenido tiempo de prepararlo para que la familia participase.

Mi compañero de Podemos promete su cargo «por imperativo legal», y suelta unas palabras del estilo «apoyo a los pueblos indígenas» o algo así del folklore podemita. Como antes había advertido el maestro de ceremonias que no aceptarían fórmulas ambiguas o dudosas, pienso por un momento que no se lo tolerarán. Pero al parecer se ha homologado, y a un progre o a un nacionalista se le aguanta todo. Simplemente se limitan a desactivarlo con unas consideraciones como «con esta fórmula se da por sentado que se acepta sin discusión la legalidad». Pienso en aprovechar para llevar la contraria con algo osado y revolucionario. Por ejemplo: «Prometo sin reservas acatar la Constitución». Pero luego no me sale porque no me convence ir a rebufo del tal Benito. Así que me veo diciendo «Prometo» con algún tartamudeo. ¡Concretamente: «pro, prometo!».

Había llamado a Arcadi Espada porque los miércoles está donde lo de Ana Rosa. Arcadi es amigo mío desde hace veinte años. Nos conocimos en una «confitería burguesa», según la describió él, y así lo recojo en mi libro de 2012 *Citileaks. Los españoles de la Plaza Real*, porque quería darle a conocer la organización de amantes de la ciencia y de descreídos que yo dirigía entonces. Siempre

dice que le abrí un mundo con mi interés por la ciencia. Este día lo describí como un tipo «a lo Bernard-Henri Lévy, hombres en blanco y negro». Me cita en el Hotel de las Letras, donde va a tomar el aperitivo con José María Albert de Paco e Iñaki Ellakuría. Está en la línea que ha adoptado en las últimas semanas, desde que barruntaba que iba a ser diputada. O sea, loar lo estupenda que soy y lo mucho que siempre ha creído en mí. Después me dejan sola porque todos tienen comidas. Arcadi me recomienda la cocina del hotel y caigo en la trampa. De lo más insulsa y pretenciosa. Pero me relajo con el móvil. En Facebook ya voy por ciento cincuenta *likes* a las fotos de la ceremonia del acto, para mí un exitazo portentoso. Luego, en el tren, empiezo a escribir este diario, cosa en la que había pensado más o menos en serio, y la insistencia de Arcadi acabó de decidirme.

Al día siguiente, jueves, voy a Bruselas, aprensiva. Sé que la ciudad está en máxima alerta por el «riesgo inminente» de ataques terroristas. El primer ministro belga, Charles Michel, alertó del riesgo de un atentado similar al sufrido en la sala Bataclan el pasado 13 de noviembre, donde murieron noventa de las ciento treinta víctimas de los salvajes. Además, hace un tiempo que no vuelo, soy vuelofóbica, y todo me parece ominoso. Y acierto. Por lo menos durante unos minutos que se me hacen eternos. Volando —imagino, porque hay una capa de nubes— por encima de los Pirineos, el avión da unos saltos considerables, lo cual, unido al hecho de oír grititos entre el pasaje, me lleva a un estado emocional bastante histérico. Buen comienzo. Luego, el vuelo se recupera bastante.

Llego y el taxista está negativo por lo de los tiroteos y dice que se irá a Nueva Zelanda donde tiene una hija, y que es un país maravilloso, con unos autóctonos, los maoríes, que son un pedazo de pan. ¡Europa está acabada!, exclama. Solo se quedarán aquí los

musulmanes. Pues qué alegría. Bonita manera de empezar. Militares patrullando las calles. El centro semidesierto, el metro sellado. Y una sensación de ciudad catatónica, trémula, medrosa. Los museos, teatros, cines y comercios están cerrados a cal y canto y veo hombres armados en las puertas de los hoteles, en las iglesias o en los restaurantes.

Voy al Radisson Blu, donde he quedado con Fernando Maura y el personal que desea transferirme. Luce un sol brillante y hace un tiempo muy primaveral para estar cerca de diciembre. En la puerta hay dos militares con un traje de camuflaje que remite a bosques de otoños vivos y alegres. El clima y el despliegue militar indicarían un lugar parecido al Líbano, en lugar de Centroeuropa. Que sean claramente arios y el colorido de su traje lo desmiente. Pero, aunque no sea una estampa tristemente costumbrista de una ciudad de Oriente Próximo en pleno conflicto, lo recuerda mucho. Van fuertemente armados y enfrente hay algo que yo calificaría de «tanqueta» porque no tengo ni idea de vehículos militares. Fernando Maura, un hombre tranquilo y de modales discretos, con quien no he tenido demasiada relación personal, acude a saludarme con la italiana Valentina Cefalú y la madrileña Verónica Laorden, sus asistentes. He decidido que lo más sensato para mí es darle continuidad al mismo equipo.

Comemos allí y luego vamos a su apartamento. No solamente me quedo con su equipo, sino que dejo que me transmita su residencia bruselense sin resistirme demasiado. Desde luego, no puede quejarse: es un traspaso sin el menor quebradero de cabeza para él. El apartamento es nuevo y luminoso (dentro de lo que significa «luminoso» en Bruselas), pero mucho más caro de lo que me había dicho. Pero estoy en un modo poco discutidor, aún demasiado ocupada sintiéndome perpleja por lo que me está sucediendo.

Las chicas son muy eficientes y me organizan de tal manera el papeleo que saldré al día siguiente ya como diputada. Por la noche ceno con Verónica Santamaría, exasistente de Paco Sosa Wagner. Es una mujer encantadora, cercana a los cuarenta, que me da muy buenos consejos. Tendré tiempo de analizar las sofisticaciones de los arreglos de su cabellera negra y lisa. Ahora lleva simplemente el flequillo cruzando la frente. Al final decido que la semana siguiente la dedicaré a organizar mis cosas en España.

El viernes como con Adolf Tobeña y Roger Corcho. Desde que se planteó la posibilidad de que pudiera acceder a un escaño, había comenzado a perfilar con ambos los trazos de «Euromind», un proyecto para promover el pensamiento científico en el Parlamento Europeo. Roger y, más adelante, Eduardo Robredo tendrían que ser mis asistentes y punto de anclaje en España. También veo a mi «would-be local assistant» de comunicación, que me ha traspasado también Juan Carlos Girauta. Como fue mi introductor en esta aventura parlamentaria, me siento inclinada a hacer lo que me pida. Y no podría ser más adecuado: es Juan López Alegre, exdiputado del PP en el Parlament y conocido tertuliano (pero no por mí, que es la primera vez que oigo hablar de él). Por no conocerlo, compruebo, sorprendida, que está en todas partes. ¿En qué planeta estoy? Es ubicuo.

Semana 1 de diciembre del 2005: De cómo quedar bien con Javier me indispone con Maite

Unas semanas antes de recoger el acta, tuve un par de encuentros con Javier Nart en Barcelona. Me llamó él y me pareció un detalle muy educado y acogedor. Y era todo esto, pero también un

acercamiento interesado para convencerme de determinado plan. Fernando Maura se va y deja aún más reducida la delegación «Ciudadanos Europeos» —creada para acoger a los diputados de Upyd y de Ciudadanos— en el grupo Alde. Esa delegación había sido el origen de la fricción que desembocaría en la guerra abierta entre Paco Sosa Wagner y Rosa Díez y su entorno, que seguían con la estrategia de no darle ni agua a Ciudadanos. Como he dicho, Paco, en vez de hacerse el loco y seguir a lo suyo en Bruselas, pues el escaño es propio y no depende de ningún partido, dio un paso inusitado: enviarlo todo a la porra. No voy a llorar por ello. Gracias, Paco.

A Javier Nart, que está cerca de una setentena que no representa, le conocía porque había sido un habitual de ciertos programas de televisión. Su melena canosa sobre los hombros, sus ojos azules y su colección de chalecos militares son casi icónicos. Compruebo que también en el Parlamento. Yo hubiera preferido que dejase sus atenciones para bastante más adelante, sobre todo porque es un hombre muy obstinado y se le ha metido en la cabeza que me incorpore a «Ciudadanos Europeos» directamente. Y yo no quiero hacer eso. En estos momentos, Upyd está decididamente de baja y estoy segura de que, simplemente dejando pasar algunas semanas, las cosas caerán por su propio peso.

Pero no es la idea de Javier. Me anuncia que todos los males se desplomarán sobre nuestras cabezas si no me acojo enseguida a la Delegación Ciudadanos Europeos. Que es lo lógico: yo, una fundadora de Ciudadanos, que me había destacado en Upyd por mis campañas a favor de una fusión entre ambos partidos; yo, que sé hasta qué punto tanto programas, como ideario, como votante objetivo son los mismos, ¿cómo podría negarme a dar ese paso inevitable? En Bruselas, lugar famoso por poner los objetivos siempre por delante y dejar las desavenencias partidistas en segundo

plano, ¿cómo podría yo eludir el valor simbólico de una decisión que tan buena impresión causaría en un electorado común, harto de decidir entre ambos con el corazón «partío»? Además, si no nos damos prisa, se perderán una «vicepresidencia» y otras ventajas que yo no soy capaz de comprender en este preciso momento pero que entenderé muy pronto.

La verdad es que no capto en absoluto ni la urgencia, ni la importancia de esas vicepresidencias, ni el alcance de esos trastornos. Lo que menos quiero es sufrir las iras de una Rosa Díez mítica en sus accesos de furia, o la ferocidad de los ataques en las redes de sus más ínclitos seguidores. Pero no sé si conocen a Javier Nart. Es un tipo que acaba de salir ileso de un atentado del ISIS en Irak, viaje al que nadie le obligaba a ir pues lo hacía «a iniciativa propia». Al final, le tengo que decir que sí. Y temo el momento de contárselo a la jefa de la delegación de Upyd, Maite Pagaza, persona a la que tengo un gran aprecio personal y político y a la que no quiero disgustar. Lo intento con un correo que juzgo cautivador y rebo-sante de pelotería y sentido común:

Querida Maite:

Estos días han sido de vértigo y, como te habrá dicho Lorena, no me incorporo la semana que viene para acabar de ajustar cosas en España. Hay algo de lo que tenemos que hablar. He tenido ocasión de informarme sobre las delegaciones en Bruselas y constatando más de cerca aquello que ya me explicó Paco en su día: la anomalía que representa Upyd con su negativa a formar parte de un grupo que pueda trabajar unido representando un perfil común. Incluso existen delegaciones que están formadas por partidos ¡donde uno está en el Gobierno y el otro en la oposición! De verdad, es una locura lo que estamos haciendo (también es una locura lo que ocurre en

España, ir separados a las elecciones, pero ganaron los del «no», así que no hay remedio por ahora). Pero aquí podríamos pasar de todo este asunto y trabajar de manera positiva por todo aquello que nos une, que es mucho, y es nuestro lema (de hecho, el lema de ambos). Si nos uniéramos seríamos incomparablemente más fuertes que ahora, y más respetados, no por ser más sino por la mala impresión que damos rechazando a nuestros compañeros. Sé que, incluso, se podría cambiar el nombre para hacerlo más asumible. Por ejemplo: «Unión de ciudadanos europeos». Piénsalo. Hay que acabar con esto y ser, no solo más realistas, que puede sonar hasta mal, sino más ejemplares. Sobre todo, para quienes venimos de Cataluña, buscar la diferencia nos recuerda demasiado nuestro fracaso como comunidad. En fin, espero tus noticias. Tienes suficiente fuerza, personalidad y reconocimiento para liderar este paso y para saber compartirlo de forma efectiva con nuestro partido. Sabes que tienes mi cariño y respeto.

Un beso.

Pero no muerde el anzuelo, y me responde al día siguiente con el mismo tono afectuoso y razonable, pero con unas palabras que quieren decir NO, de una forma taxativa.

Semana 7 de diciembre de 2015: Estudiando el terreno y viendo mis primeros errores

Martes. Mi reunión con el presidente de Alde, Guy Verhofstadt, transcurre aceptablemente. Le llevo un par de libros suyos que me he tomado la molestia de leer en diagonal y me los firma. Y yo le regalo *Citileaks*, que nunca leerá, ni se le pasará por la cabeza.

Le informo de que me incorporaré a la delegación «Ciudadanos Europeos», pero que primero tengo que hablar con Maite. Ningún problema. Como me dijo Paco, «sus colmillos son más retorcidos que una columna salomónica». También conozco a otros compañeros, como la «policy advisor» en la Comisión de Cultura, Tato Galofré. Es una española rubia como una walkiria, de ojos azules llenos de luz. Tiene una edad parecida a la mía, lo que añade una dosis de complicidad.

Este día se vota un informe importante sobre el papel del «diálogo intercultural» en la Comisión de Cultura. Con todos los tópicos sobre el «multiculturalismo» y conceptos erróneos y progres, como que la causa del fundamentalismo se encuentra en la marginación social del terrorista. La ponente es Julie Ward, una señora de aire muy *kumby*. El problema es que yo no tengo nada que decir al respecto porque este tema es una herencia de Fernando Maura. Y tengo que votar lo que me dan ya hecho. Pues vale. Podría ser peor.

El miércoles hablo con Vidal-Quadras, que quiere que le apoye en su causa favorita. Desde que se jubiló, está al servicio de la oposición iraní, el Consejo Nacional de la Resistencia de Irán (CNRI). Al parecer, financiaron su proyecto fallido, Vox, partido con el que no logró representación. Su compromiso con el CNRI es una fuente de controversia civilizada con Javier Nart, que detesta cordialmente a este grupo.

Suele haber a menudo reuniones de Grupo. Este día viene Donald Tusk. Algunos diputados son poco afectuosos con él porque al parecer debería ser más generoso con el tema de los refugiados. Al principio parece apocado y poca cosa. Pero cuando se lanza a hablar, me parece inspirado y coherente. Muy franco, directo y

realista. Estoy de acuerdo con que hay que distinguir entre los refugiados y la inmigración económica.

Vuelvo al apartamento, ceno cosas que no debo (¡pastela!) y me voy a caminar hasta Saint Boniface, donde me llevó Verónica Santamaría el día que me sacó a cenar. Tengo las cervicales hechas caldo. Hago algunos ejercicios con la esperanza de mejorar su estado.

Antes de mi partida a España (es jueves y me voy al mediodía), nos habla el ministro tunecino de economía. Un tipo joven, sobre los cuarenta, impecable y educado. En principio me tiene que interesar porque podría quedarme como miembro pleno en la Delegación del Magreb, cuya vicepresidencia ostentaba Maura y que estaba peligrosamente en juego si yo no me incorporaba de inmediato. Poco a poco voy viendo que Javier, además de ser muy convincente, también sabe exagerar un montón.

También este día se desatan los demonios con titulares en esta tesitura: «Transfuguismo en plena campaña: una europarlamentaria de Upyd se pasa a Cs». Naturalmente, de pasarme a Cs, nada. Solo entro en la Delegación. Más bien un ejercicio de realismo en un momento en que todos los indicadores señalan que el votante ya se ha cansado de nosotros, ha tomado una decisión bastante cruenta y la víctima ya es Upyd y su absurda obcecación. Además de estos sobresaltos, empiezo a ver las consecuencias de haberme quedado con el lote completo de Fernando Maura. Ni Verónica ni Valentina comparten ni mis posturas políticas ni mis adhesiones intelectuales. Me centré exclusivamente en sus cualidades técnicas y profesionales, dejando de lado cualquier indagación ideológica o partidista. La pura meritocracia parece una idea potente y generosa, pero, por desgracia, hará que el trabajo día a día a partir de

ahora no fluya como lo haría en un plasma de supuestos asumidos. He dado demasiadas cosas por sobreentendidas. La más errónea de todas, suponer que, por estar en esa Delegación y en un grupo «liberal», me hallo en el reino del pensamiento crítico y la razón independiente. De eso, nada. Constató que voy a ir pisando huevos sobre el mundo del «diálogo intercultural» (ese que dice que todas las visiones son igualmente justas y morales), la «violencia de género» (que da por supuesto que el varón es un asesino nato) y toda la parafernalia progre de la que llevo años huyendo, o condenando. Sí, me he ido a Europa y me encuentro con las mismas insensateces de casa. ¿Tengo que empezar desde mi despacho?

Semana del 14 de diciembre del 2015, Estrasburgo: Maite está conciliadora y Javier con sus fiebres palúdicas

Me estreno en Estrasburgo. Vuelo a Stuttgart porque no hay combinación directa desde Barcelona a la ciudad del Parlamento. Madrugo muchísimo, voy con un tiempo de sobra exagerado y retrasan el vuelo la friolera de cuarenta minutos. Hasta me dan ganas de coger el avión de una vez. Por suerte, el viaje es tan pacífico y sin sobresaltos como los dos de la semana pasada.

Las votaciones suelen ser a media mañana, sobre las doce. Y tenemos dos reuniones para repasar los puntos pendientes y discutir los votos de la semana. El «Working Group A» y el «Working Group B», que también tenemos en Bruselas, con reparto de temáticas. Además, tenemos las reuniones de Grupo en general, que acaban tardísimo y hacen que vuelva directamente al hotel a cenar, muerta.